

del mismo modo que el comerciante conoce el paño que vende, de lo contrario seguirá siendo un ciego dentro de lo suyo, causa única de su rutina. No es capricho, es exigencia de la tierra de labor, no sólo para la enmienda permanente, sino también para la anual, sucesiva, y si ha de entenderse con los adelantos con que el progreso le brinda para arrancar el mayor producto posible.

La tierra laborable—hay que desengañarse—necesita una mejora general, ya en cuanto a sus elementos componentes, ya en lo que se refiere a las materias necesarias para la alimentación de la planta; pero esta mejora requiere estudio, por la variante que el terreno ofrece y que el agricultor tiene el deber de conocer y saber. El terreno de cultivo no produce porque tiene agotadas las substancias fertilizantes en su mayoría, y entre tanto esas substancias no se le devuelvan, no podrá producir copioso. Esto lo observamos, no en años de hambre sino en años de abundancia: los productos son cada vez más escasos.

Si ha de atenderse con seriedad a la cuestión agrícola—y con esto vuelvo al comienzo de este artículo—, instrúyase al campesino poniendo en sus manos la *cartilla agrícola*; y mejor, dándosele frecuentes conferencias, con carácter eminentemente práctico, como hacen en otras naciones amantes de la riqueza nacional, y entonces ya sabrá aplicar los abonos, manejar las máquinas y conocerá el terreno que cultiva, y producirán las tierras.

Se cansará el químico y el fabricante en presentar los productos de su actividad, si no se atiende a ese paralelismo: a despertar en el cultivador del campo, de un modo decidido, el amor al cultivo moderno, por medio de una instrucción sólida.

Antonio Porto Estolle.

La cuestión religiosa

Y dale con la eterna cuestión!

—Pero, quiénes son los que quieren cazar a lo asno y morir a lo gánapiro?

—Pues cuatro golfos ignorantes que no han aprendido otra cosa, porque los demás que vociferamos el programa no pensamos morir como rinocerontes.

—De modo que por dar gusto a cuatro botarates quieren ustedes ofender a la inmensa mayoría en lo que estima más que su propia vida?

—No se tiende precisamente a eso, pero como los demás números del programa no valen una patata, porque nos falta talento, de aquí que para engañar a la chusma y vivir con ella sea preciso ofrecerle las consabidas piltrafas.

—¡Pero si la chusma está ahita, ya de tanta majadería y lo que quiere son billetes de Banco para pasarlo bien en este mundo ya que les han quitado ustedes el cielo!

—Eso ¡magras! Que viva como bestia y trague bonetes y cogullas. No faltaba más.

—Pero si ha abierto mucho la pestaña y ya no se la pueden dar ustedes ni con queso!

—Pues nosotros no discurrimos más, ni tenemos caletre para inventar un nuevo sistema a fin de que los pillos nos dejen en paz.

—De modo que si ustedes quitan la cuestión religiosa del programa se quedan sin programa?

—Eso dijo Mella que nos conoce mejor que la madre que nos parió.

—Pero, hombre, traten ustedes del fomento de la Marina...

—¿Marina? Al menos yo no conozco más Marina que la ópera española.

—O, sino de Instrucción...

—A morteradas anduvo conmigo el maestro para meterme en la cabeza la Ortografía y las cuatro operaciones de la Aritmética.

—Vamos, no sea usted tan humilde, yo creo que en Guerra podrían ustedes hacer mucho y bueno.

—Con tal que yo pudiera hacer las paces con mi suegra me consideraba acreedor a la laureada de San Fernando.

—Tal vez en Gracia y Justicia...

—Ahí sí; como que pienso echar todos los criminales a la calle para que den la jaqueca a los pacíficos.

—Y diga usted ¿y en Gobernación?

—¿Pero no le he dicho antes que no puedo con mi suegra, cómo se cree usted que voy a arreglar yo la casa del vecino!

—En resumidas cuentas, qué hacen ustedes?

—Pues procurar hacer buenas digestiones.

—Para eso presenten ustedes un programa culinario y no engañen a los inocentes.

—¡Es que entonces no podríamos comer!...

—¡¡Aaaah!!

EL BARQUERO DE SOLIA

Como anillo al dedo

Vamos a dar a conocer a nuestros lectores algunas máximas de Napoleón el Grande, las cuales vienen como *anillo al dedo*, en las circunstancias actuales.

«La *Providencia* es la que ordena todo; parece que se divierte con los hombres, pues por más que ellos creen hacer lo que les parece, es menester convenir que Ella dispone graciosamente de los sucesos de este mundo.

»Nunca el que manda es bien obedecido, sino cuando sus subalternos conocen que es *inflexible*.

»La indecisión de los príncipes es para la marcha del gobierno lo que la parálisis para la acción del cuerpo.

»Cuando un gobierno llega a ser viejo, hay que volverlo a construir como una casa, desde sus cimientos.

»Diez personas que griten fuerte, hacen más ruido que diez mil en silencio. Este es el secreto de los *auladores de la tribuna*.

»En todas las revoluciones hay dos especies de hombres, unos que hacen y otros que se aprovechan.

»Nunca he usado del derecho de perdonar, siendo soberano, que no haya tenido que arrepentirme.

»Los dos partidos que existen hoy en Francia, aunque se detestan se suelen unir a veces, no en favor de la monarquía constitucional, sino *en contra de los hombres de bien, cuyo silencio les abruma*.

»Se ha gritado mucho contra lo que se ha querido llamar mi *despotismo*, pero si no hubiera sido por mi *energía*, Francia estuviera aún como el 93. Pero los pueblos son ingratos, se olvidan de los beneficios cuando ven que ha caído el que antes reinaba.

»Con frecuencia hay hombres que creen tener el talento de gobernar sólo porque se ven gobernando.

»El hombre superior es impasible a las alabanzas y a las censuras, sólo escucha su conciencia.

»Cuando un príncipe ha caído en desgracia, se amontonan chismes de todas clases, y se le calumnia sin compasión. Las imputaciones más escandalosas e improbables son creídas y repetidas por el vulgo. Sólo se trata de acabar con el caído, no importan los medios.

»La libertad política no es más que una fábula adoptada por los que halagan al pueblo para engañar a las masas. En nombre de la libertad se han cometido los crímenes más espantosos.

»Cuando un superior no puede hacerse obedecer, debe renunciar el mando.

»En los sucesos humanos más parte tiene lo que se llama ordinariamente casualidad, pero en verdad es la *Providencia*, que la prudencia. El hombre propone y Dios dispone.

»Nunca el jefe del Estado debe hacerse jefe de un partido.

»La abdicación de un soberano es una especie de ironía, porque realmente abdica cuando no puede hacerse respetar.»

¡POR LA SEÑAL!

¡Callad!, que se duerme el niño;
Ya sus pupilas inquietas,
Como el pájaro en la rama,
Bajo los párpados tiemblan.
¡Mirad su frente! Es un cielo
Sin nube que lo oscurezca.
¡Chitón! Ya se acerca el Angel
Que por los ángeles vela.
Blanca es la cuna del niño,
Blanca su frente serena,
Blancas sus manos de nieve,
Y como flecos de estrellas
Son las alas del querube,
Del Angel de la inocencia,
Antes de dormirse el niño,
Con su manecita bella
Rozó el jazmín de su frente
Rimando dulce poema;
El granate de sus labios
Dejó rodar como perlas
Los ecos de una plegaria,
Cual beso de madre tierna.
«¡Por la señal...!»—dijo el niño
Moviendo su cabellera
Rubia como los trigales
Que olas de fuego semejan.
Y el signo de los cristianos,
La cruz, ¡redentora eterna!
Lució como luce el iris
En medio de las tormentas.
Duerme el niño, vela el Angel,
La madre, piadosa, reza
Con los ojos en el cielo
Y la rodilla en la tierra,
—Señor—balbuciendo dice,
Con voz triste cual la pena,—
¡Vela por mi pobre niño!
¡Consérvale su pureza!
Y si en los mares del mundo
Borrascas y odios le esperan,
Si la desgracia le aguarda,
Si el mal, cobarde, le acecha,
Si en el fango de la vida
Se ha de manchar su alma buena...
¡Por tu cruz! «Por la señal»
Que su frente guarda y vela...
¡Haz que no despierte el niño!
¡Haz que eternamente duerma!

M. R. BLANCO BELMONTE.

SOLUCIÓN DE PROBLEMAS

—Que no estoy por eso de tanto rezar, D. Filoteo.

—Pero, ¿rezas tú?

—Le diré a usted: no es que rece; pero que no hacen falta los rezos para nada.

—Pues si tú no rezas, maldito lo que debe preocuparte esta cuestión. ¿A tí qué te importa, si los demás rezamos, o dejamos de rezar?

—Hombre, entiéndame usted. No es que me importe; pero ¿qué problema se resuelve con rezar?

—Eso... según lo que tú entiendas por problemas. Yo te hubiera ya contestado; pero como a lo mejor empiezas una cuestión, y luego me sales con una pata de cabra...

—Es que yo, y como yo habrá muchos, repruebo toda práctica que no trae ninguna utilidad.

—Y yo también.

—¿Y qué sacamos con rezar, don Filoteo?

—Pero hombre, ¡si tú no rezas!

—Quiero decir los demás, los que rezan.

—Pero a tí, ¿qué te importa lo que saquemos o dejemos de sacar los que rezamos? ¿Quién te da derecho para meterte en camisa de once varas?

—Es que los curas dicen que debemos rezar.

—Y dicen bien.

—Pues ahí vamos: que nos están engañando.

—Pero vamos a ver, ¿en qué está el engaño? Es verdad que los curas enseñan que debemos rezar, ¿pero dónde está el engaño?

—Yo le diré a usted. El pueblo lo que necesita es que se interesen por el mejoramiento de su suerte, y con rezar, nada se remedia, al menos yo no he visto que rezando *credos* se levante ninguna casa, ni rezando *padrenuestros* baje el precio del pan, ya ve usted.

—Sí; voy viendo que cada día estás más cerril, y que todas las cosas las mides por el rasero del estómago. Como si el hombre no tuviera otra misión que la de engordar, todo lo hacéis consistir en comer y beber. ¿Si será por esto por lo que os llamáis los del *librepensar*? Dime: y cuando pedís que se secularicen los cementerios, y el matrimonio, ¿qué pedazo de pan dáis al pueblo que trabaja y paga? Porque ya que os ponéis a discurrir de ese modo, deberíais ser más consecuentes, pues es indudable que el pueblo pide que se mejore su suerte, y vosotros os contentáis con ofrecerle la secularización de los cementerios, como si en esto consistiera el secreto de la felicidad. Con secularizar los cementerios, y con el matrimonio civil, y con la libertad de cultos, ¿se va a levantar ninguna casa, o bajará el precio del pan?

—Tampoco con rezar, D. Filoteo, de modo que estaremos iguales.

—No; eso no es verdad. Vosotros con esas libertades y reformas que ofrecéis, y que no son más que impiedades con ribetes de majaderías, no dáis nada, absolutamente nada al pueblo, ni resolvéis ningún problema ni en el orden material, ni en el orden moral; lo que hacéis es complicarlo todo, y colocar al pobre pueblo en un horrible trance de desesperación. En cambio, nosotros enseñándole a rezar, le damos la solución para todos los problemas de la vida, y si el pueblo reza, esos problemas los resolverá, pese a vuestro cuerpo.

—Eso será lo que sea, D. Filoteo.

—Esto es la verdad corroborada por la experiencia. Porque el pueblo que reza, es un pueblo grande, en toda la extensión de la grandeza, y un pueblo grande no encuentra dificultades invencibles: dale problemas, que él te los resolverá.

—Me parece que sueña usted, y que el entusiasmo por sus ideas le hace ir más lejos de lo que debía.

—No lo creas. Hoy en el mundo hay en pie un sinnúmero de problemas, o como quieras llamarlo, que son la causa de ese malestar de que todos somos víctimas, porque, poco o mucho, a todos nos alcanza. A poco que uno reflexione, observará que ese estado de cosas le han creado la soberbia de unos, la ambición de otros y el egoísmo de muchos, y como origen de estos factores hay que reconocer el olvido del cumplimiento de los deberes religiosos. En esta contienda, los pobres echan la culpa a los ricos, y los ricos a los pobres. Los que quieren medrar a costa del pueblo, azuzan a éste para que se levante contra los ricos y los poderosos, y reniegue de los deberes de la religión, y considerando a este pueblo como una manada de borregos, se aprovechan de su escasa instrucción, para hacerle creer que será feliz el día en que se decreta la libertad de cultos, se secularicen los cementerios, se establezca el matrimonio civil y no quede un fraile ni un cura para un remedio. Pero lo que se está haciendo con esto es aumentar el mal. Se le hace concebir al pobre pueblo esperanzas que jamás verá realizadas, y se le procura convencer de que tiene ciertos derechos, cuyo ejercicio se considera como un crimen aun por los mismos que se los meten en la cabeza. Y si no, haz esta prueba: vete a casa de cualquiera de esos que os dicen que todo es de todos, y que la propiedad es un robo, y toma para tí lo que se te antoje, y enseguida te llevará ante el juez y te acusará de haberle robado, y te tratará como a un ladrón.

—Eso si que es verdad.

—Como es verdad también que desaparecería de nuestra sociedad ese malestar que nos agobia, si desaparecieran esa soberbia, esas ambiciones y esos egoísmos que hacen que el pueblo espere en un porvenir que es irrealizable, y se crea con derechos que son un absurdo, y, creeme, todo esto se consigue rezando.

—¿Rezando, dice usted?

—Rezando, sí, rezando.

—No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo. El rezar no consiste precisamente en lo material de las palabras que se pronuncian, consiste más que todo, entre otras cosas, en lo que significa ese acto de rezar. El rezo es un acto de religión que contiene no sólo una profesión de fe y una manifestación de sumisión a Dios y a su Iglesia, sino que además de esto envuelve una fórmula que es la clave para resolver los problemas de carácter individual y social. Si sabes el *Padrenuestro*, fijate en la significación de cada una de sus palabras, y dime tú, si puede ser desgraciado un pueblo que, además de rezarle, sienta en su corazón lo que dice, y

obre conforme a lo que su corazón sienta. Esto por una parte, que por otra no me negarás que el pueblo que reza es un pueblo religioso, y la religión le preservará de todos esos vicios que hacen desgraciados a los hombres, a las familias y a los pueblos. Sabrán amarse los hombres como hermanos, darán a Dios lo que es de Dios; no ambicionarán lo ajeno; estarán contentos con su suerte, y serán honrados, laboriosos, buenos padres de familia y útiles a la sociedad en que viven. Esto es algo de lo mucho que puede decirse a favor de los que rezan. De vosotros puede decirse todo lo contrario, y si no, que se lo pregunten a la guardia civil, o a las estadísticas de los juzgados.

FILOTEO.

Cada día alcanza más importancia el Banco Popular de León XIII, según vemos por la Memoria de 1912 que nos acaban de remitir y agradecemos.

En el último ejercicio, se han comprobado dos cosas importantes; que los préstamos que se conceden a las entidades católicas de crédito popular, son muy seguros, y que estas operaciones están llamadas a alcanzar gran desarrollo. Lo primero ha quedado demostrado por el hecho de que entre los préstamos vencidos hasta la fecha que importan más de 1.500.000 pesetas, no hay una sola partida fallida ni ha habido necesidad de acudir a los Tribunales de Justicia contra las entidades prestatarias; lo segundo, lo demuestra el creciente importe de las operaciones sociales que ha venido realizando desde su creación.

Ejemplos elocuentes

Con intervalo muy corto han bajado al sepulcro dos hombres de los que mayor significación han tenido en política y más han influido en la interesada difusión de las des-cristianizadoras teorías que tantísimo daño hacen en el cándido pueblo que no comprende cómo le mienten tan descaradamente queriendo arrancarle sus consoladoras creencias, los mismos que según se vé luego, tan arraigadas las tienen en lo secreto de su conciencia.

De Moret, ya lo han publicado todos los periódicos. Al sentirse morir no ha titubeado un momento, el anticlerical de tantos años, en llamar ansiosamente al Sacerdote, que, ministro del Dios de las misericordias, podía absolverle de sus errores perdonándole sus engañadoras predicaciones que a tantos, por desgracia, habían apartado del seno amorosísimo de la Santa Iglesia.

Y de Canalejas, a quien es muy de temer faltasen hasta unos segundos para su contrición, vease cuán distinto era su modo de pensar íntimo de lo que aparecía en sus actos políticos.

Lo que a continuación decimos no es nuestro: es del ilustre escritor católico don Severino Aznar, cuya brillante pluma tiene en este caso especial autoridad porque más de una vez se empleó en combatir con denuesto los actos políticos del señor Canalejas.

La fe de Canalejas

Esta mañana he recibido una visita inesperada, la de un íntimo amigo del pobre Canalejas. Quería hablar conmigo sobre asuntos de «acción social católica», y cuando le he mostrado mi extrañeza, me ha dicho:

—Pero ¿usted cree que los amigos de Canalejas éramos unos ogros, ¡vamos!, unos judíos o unos renegados?

—Perdóneme; nunca he creído que con él formarían ustedes un cenobio de ascetas—le repliqué—. Canalejas en sus discursos científicos guardó cierta respetuosa admiración a lo que él llamó «el socialismo cristiano»; pero en sus discursos políticos ya no lo admiraba. Lo insultaba, lo llamaba «la gran hipocresía»; y como gobernante le debíamos más agravios que justicias. Por eso me extraña que usted...

—Tampoco usted conoció a Canalejas—me interrumpió secamente—. Si yo le contara...

Y con una gran emoción en la voz, a veces con los ojos arrasados por el triste recuerdo, este hombre político, al que yo creía de duro carácter y terrible anticlerical, me ha contado episodios de la vida íntima de su jefe, verdaderamente desconcertantes.

—Canalejas no era lo que usted cree y lo que han creído otros muchos—me ha dicho—. Canalejas sentía el orden como un reaccionario, y la piedad como un católico ferviente. Más de una vez lo he visto llorar emocionado al ver a sus hijos de rodillas y con las manos juntas ante la imagen de la Virgen. Más de una vez le he dicho sonriendo al ver los impulsos espontáneos de su alma:

—¿Entonces, ¿por qué no se hace usted conservador? Yo le seguiría: muchos le seguiríamos.

El tristemente, sin avergonzarse de aquellas nostalgias conservadoras, me replicaba: —¡No puede ser! ¿Y mi pasado?

Recuerdo que el día que bautizaron a una de sus hijas, él asistió al bautizo en la parroquia; oyó toda la misa de rodillas, y después, cogiendo a su niña en brazos, se prostró ante la imagen de la Virgen y se la ofreció, pidiéndole, con un fervor que todos veíamos en sus ojos, que la acogiese bajo su amparo.

Había sido madrina la esposa del doctor Muñoz, amigo íntimo suyo siempre, y al volver a casa y dejar a la niña en la cuna, la madrina, acariciándola, le decía:

—¡Qué madrina tan humilde y tan pobre te han buscado, nena mía!

Canalejas, con su viveza acostumbrada, replicó:

—Pobre, no; rica.

—Usted sabe que no tengo riquezas.

—Tiene la que más vale, la riqueza de la fe. Y por eso la elegí.

La madrina, sonriéndose, dijo:

—¡Ah! eso sí; y ya sé a qué me obliga el ser madrina suya. Si descuidaran su fe, yo no la descuidaría.

—Y que Dios se lo demande, si lo descuida—concluyó Canalejas con una gravedad que nos impresionó a todos.

Otro día—y de esto puede dar bien fe el doctor Muñoz—presentó sus hijas a la institutriz que les había buscado. Sabía que había sido aya de alguna hija o de algunas nietas de Maura, y esto, lejos de ser una prevención, había sido una recomendación para ella, y le dijo:

—Madame, tengo que hacerle un ruego: le entrego confiadamente la educación de mis hijas, porque me he enterado muy bien de quién es usted. Y dos virtudes sobre todas quisiera que inculcara en sus nuevas discípulas: la virtud de la laboriosidad y la virtud de la piedad. Creo que una mujer trabajadora y sólidamente cristiana no puede ser desgraciada ni mala; en el trabajo y en la piedad encontrará energías para vencerse y para vencerlo todo, hasta las desgracias que pueda traerle la vida.

Podría contarle muchos rasgos de esos; rasgos reveladores de su fe, de su veneración al sincero sentimiento religioso, de sus prácticas de católico Olga, por ejemplo, éste:

—Un día estábamos en Otero. Fué poco tiempo antes de su muerte, y le acompañábamos varios amigos. Al despedirse el doctor Muñoz, le vimos registrar azoradamente su cartera, y Canalejas le preguntó:

—Doctor, ¿se le ha perdido algo?

—Hombre, creo que sí; llevaba aquí la medalla de la Virgen del Pilar, y no la encuentro. Y sin ella me parece que me falta algo, que me va a pasar algo.

Algunos de los presentes soltaron la carcajada algo volteriana, en la que había algo de compasión para el doctor que, sin duda, creía en su medalla como en un amuleto.

Canalejas quiso echarle un capote para librarle de aquella burla poco delicada, y dijo:

—Ya: será algún recuerdo de familia: eso le honra mucho, doctor, porque prueba que usted sabe guardar sus afectos hasta para los que desaparecieron ya de la vida.

—No, don José, no—replicó altivamente el doctor—; no es un recuerdo de familia, es un recuerdo de mi fe, no me avergüenzo de ella; yo me siento orgulloso de ser y de llamarme católico.

Canalejas nos miró a todos, cruzó después con el doctor una mirada de inteligencia, y ambos estallaron en una prolongada carcajada.

El sentido de aquella carcajada, que entonces nos pareció incongruente, lo he comprendido yo después de muerto mi jefe. Al desnudar su cadáver, se le encontró una medalla de la Virgen del Pilar, exactamente igual a la que llevaba el doctor en su cartera.

La llevaba hacía treinta años, y el doctor lo sabía el día que creyó haber perdido la suya en Otero.

Confieso que estas revelaciones, de cuya sinceridad no dudo, han despertado en mi alma una compasiva simpatía por la memoria de Canalejas.

Y he rogado por su eterna paz.

SEVERINO AZNAR.

Correspondencia administrativa

Sr. D. P. N.—Zaragoza.—Pagó 1913

Sr. D. G. B. C.—Blimea.—Id a fin Marzo 1913.

Sr. D. M. R.—Albatera.—Id. fin 1912.

Sr. D. B. S. G. Ujo. Id. a fin Febrero 1913.

Sr. D. D. G. H.—Madrid—Id. id. id.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE
Años 1906 y 7 a 2,50 pesetas cada una. Años 1908-9 10-11 y 12 a 3 pesetas cada una.
Envíos certificados 0'25 de pesetas una.

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez a una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables a la vista.—El 3 y medio por 100 anual a las imposiciones reembolsables a los seis meses.—El 4 por 100 anual a las imposiciones reembolsables a doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cincocéntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas a seis pesetas, y se alquilan a dos reales al año, para ahorrar a domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 1.530.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 a 12 y de 3 a 6

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de alfilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.816

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.



PRIMER ANIVERSARIO

DE LA SEÑORITA

María del Carmen García y Corujo

QUE FALLECIÓ EN GIJÓN

el día 25 de Febrero de 1912

con las disposiciones debidas y la bendición de S. S.

El día 25 del actual a las ocho de la mañana, dará comienzo en la Iglesia parroquial de San Lorenzo de esta villa un novenario de misas por el alma de la finada.

Los Ilmos. Señores Obispos de Oviedo y Jaca han tenido a bien conceder 50 días de indulgencia por cada Misa que oyeren, Sagrada Comunión que aplicaren, parte del Rosario que rezaren, u otro acto de caridad o religión practicados en su sufragio.

Sus inconsolables padres D. Manuel y D.^a Dolores, y demás familia suplican en caridad a nuestros piadosos lectores intercedan a Dios por ella.

R. I. P.